

EL ÁRBOL DEL AMOR



Según contaba mi abuela, el árbol ya estaba en el jardín cuando compraron la casa. Lo recuerdo siempre severo y esquemático, el tronco retorcido y apenas cubierto la mayor parte del año por unas semillas negras y unas pocas hojas.

Pero en los días extraños de febrero, cuando el aire traía presagios de otras cosas, se cubría por entero de unas flores rosas, casi violáceas, que duraban apenas nada. En poco tiempo el suelo aparecía alfombrado de miles de pétalos semejanado alas de pájaros que hubieran huido asustados por el tiempo engañoso. Cualquier golpe de viento o súbito chaparrón era suficiente para que aquella explosión de luz se deshojara como por arte de magia. En mi adolescencia inflamada de amores efímeros y contrariados, yo pensaba que aquel árbol era el símbolo perfecto del amor.

Con el tiempo, y viéndolo permanecer de pie a pesar de las tormentas y de la herida irreversible de algún rayo, comencé a pensar que el amor era otra cosa. Algo parecido a aquel árbol roto que cada nueva estación florecía desafiando al invierno y al miedo.

Guadalupe Grosso, del libro *La casa dormida*, Ed. Renacimiento, 2016

Imagen

https://www.flickr.com/photos/kathfernandez/galleries/72157627709401313/#photo_3447488659